

COSECHA DE HUESOS

UN ACERCAMIENTO A LA COSMOVISIÓN DE EDWIDGE DANTICAT

DANTICAT, EDWIDGE

Colección La Otra Orilla; Bogotá, Editorial Norma, 1999,
Primera edición en castellano, traducción de Marcelo Cohen, 308 págs.

Amabelle atisbaría toda su vida en el cauce del arroyo esperando los vestigios o los fantasmas de los que amó. La lista de los que perdió crecería con el tiempo. Primero, buscó en el agua el recuerdo de sus padres arrastrados por el río cuando tenía ocho años y, después, anheló signos, noticias, restos que le permitieran entender el final de Sebastien, desaparecido durante la masacre a la que fueron sometidos los haitianos en República Dominicana. Así transcurre *Cosecha de huesos*.

Edwidge Danticat, haitiana, de 31 años, vive desde los 12 en los Estados Unidos, donde ha sido catalogada una de las veinte mejores novelistas jóvenes. Haití, contagiado por la muerte, por la ausencia, es el tema fundamental de sus narraciones: *Palabra, ojos, memoria* (1994), *¿Cric? ¡Crac!* (1995) y *Cosecha de huesos* (1998), traducida al castellano un año después.

La muerte es personaje prioritario a lo largo de sus relatos, de sus memorias. La muerte escoge apariencias absurdas, paradójicas. La muerte puede ser caricaturización o historia; pero algo queda claro: las coyunturas que recoge, las anécdotas y la tradición oral son simples pretextos para purgar el pasado de su país, caracterizado por la tragedia, la discriminación y la injusticia.

Para Danticat, contar las historias, “la historia” y no precisamente una elucubración cualquiera, es su compromiso para evitar que el cielo caiga sobre su cabeza. Así lo expresa en el epílogo de *¿Cric? ¡Crac!* Pero, en ese arte de decir la injusticia, de sublimarla a través de la ficcionalización, ha evolucionado.

¿Cric? ¡Crac!, aunque recoge con profunda sensibilidad algunas escenas de la vida de su país, es una colección de destellos, de impre-

siones, de fragmentos, como si la conciencia divagara sin orden entre el pasado y el futuro de su país. Este efecto está justificado por la naturaleza del libro, que recuerda una reconocida tradición haitiana en la que los viejos se reúnen con los demás para contar historias. Así, convocan a los jóvenes preguntando: “¿Cric?”, que significa: ¿Están listos?, y es la forma en que los ancianos comienzan, con honor, sus relatos, mientras los asistentes asienten diciendo: “¡Crac!”, expresión que traduce la disponibilidad y el respeto que el auditorio manifiesta hacia el narrador.

Consecuentemente con la colección de relatos, en este libro los personajes simulan brochazos. Son mediadores que transmiten los rasgos de la tradición haitiana, los tabúes, las desgracias. En esta selección de cuentos, la autora se preocupa especialmente por la discriminación a la mujer en su país, pero, como es característica en sus narraciones, la muerte divagará a lo largo de las páginas con formas diversas.

Se aparece así en el cuento “Hijos del mar” cuando, entre un grupo de 36 personas que deciden huir de los acosos de los *tontons macoutes* –guardia secreta de la dinastía Duvalier, que gobernó treinta años, hasta 1986–, una mujer da a luz en una lancha, en momentos en que todos están a punto de naufragar. Entonces, entendiendo las intenciones del grupo, preocupado por el sobrepeso en la embarcación, decide lanzar a la niña recién nacida al mar y arrojarse detrás.

Pero la muerte es, dentro de su concepción, una anécdota extraña. Esta visión es evidente en el cuento “Entre la piscina y las gardenias”, en el que una mujer que no puede concebir encuentra el cadáver de un bebé sobre la calle y decide adoptarlo como si fuera su muñeca; pero se siente aun más *anecdótica* esa concepción en el relato “1937”, en el que una anciana, conde-

nada a cadena perpetua por tener alas de fuego, es asesinada a golpes dentro de la cárcel.

Danticat traza un juego de dualidades, porque la muerte –a pesar del dolor– acerca al cielo, es reposo y descanso. En “Un muro de fuego”, por ejemplo, un hombre consigue su sueño efímero de volar cuando escapa en un globo para estrellarse contra el piso minutos después. Un guardia se acerca a cerrarle los ojos. La esposa le pide que no lo haga: “No, déjeselos abiertos –dijo Lili–. A mi marido le gusta mirar el cielo”.

Cosecha de huesos ofrece una estructura mejor concebida, al tiempo que las imágenes se sienten más vívidas. Es su acercamiento más sólido a una novela total. En este libro, la autora profundiza en la cosmovisión que había esbozado ya en *¿Cric? ¡Crac!*

La historia se sitúa en 1937: año de la masacre propiciada por Leonidas Trujillo, entonces presidente de República Dominicana, contra los haitianos. En esta novela, la definición de los caracteres alcanza realismo y fuerza significativa. Ahora es más fácil acercarse a la interioridad de los personajes, sufrir la historia y comprender un poco el drama de las familias haitianas que nunca conocieron la suerte de los suyos, desaparecidos o asesinados por pertenecer a otro país dentro de la misma isla, hablar otro idioma o tener otra raza.

La novela cuenta el drama de Amabelle, quien, después de la masacre de 1937 –cuando era aún joven–, estuvo esperando por siempre el reencuentro con Sebastien, su compañero, su amor. Su vida se debatirá entre la incertidumbre y el dolor por sus recuerdos que la instalarán en el pasado hasta que un día la sorprenda su vejez.

Una palabra simple marca el antes y el después de los personajes: perejil. A Amabelle el *peuejil* –pronunciación haitiana– le sugiere usos

cotidianos –excesivamente sencillos–: ungüento, aromática, especia refrescante. Por eso, fue paradójico para ella pensar que no pronunciar adecuadamente en castellano aquello que en su lengua se conocía como *pèsi* –tan común entre su pueblo– fuera la prueba concluyente para que los hombres de Trujillo torturaran y asesinaran a los suyos.

¿Que diga amor? ¿Odio? Háblenme de cosas que el mundo aún tiene que entender de veras, el significado instantáneo de cada trino de pájaro, del pensamiento secreto de un niño en el vientre de la madre, de la medida cadencia de los alientos, de los verdaderos colores del interior de la luna, de los grandes milagros de las cosas pequeñas, de misterios profundos. Pero ¿“perejil”? ¿No era tan usado, tan común, tan abundante y accesible que quien quería un ramito lo conseguía en seguida? Usábamos perejil en la comida, en el té, en el baño, para limpiarnos por dentro y por fuera. Tal vez el Generalísimo, a escala mayor, quisiera hacer lo mismo con su país entero. (203).

El libro consta de 41 capítulos, entre los cuales las evocaciones y los sueños de Amabelle están intercalados con las narraciones de sucesos. Esta estrategia resulta llamativa porque, a medida que se desencadene la masacre, los ca-

pítulos que recogen las reflexiones de Amabelle –resaltados en negrita– irán desapareciendo como una estrategia, para evidenciar que la desgracia no concede espacios para leerse desde el margen y convierte la vida en vigilia y desgaste. Las evocaciones reaparecerán sólo al final, cuando la protagonista, ya vieja, se reconcilie con sus fantasmas y descubra que recordar a los suyos, seguirlos amando, aguardarlos en el río, es la única alternativa para conferirles algún sentido a los días que le quedan.

En todas las historias de Danticat, muerte y amor están presentes. El amor nivela el peso de sus historias; es la forma de escapar de la ironía y de la fatalidad que soportan sus personajes. Pero el amor, al igual que la muerte, también toma formas diversas: es amor romántico, es amor a la palabra capaz de denunciar, es amor a sus raíces y a su raza, es compromiso con el dolor de sus antepasados.

En su creación, así como en la vida, el antídoto contra la muerte y contra la ausencia –consecuencia de la muerte– es el amor: siempre presente, presencia que eterniza a los hombres, posibilidad de permanecer, a pesar del absurdo o la injusticia. ■

MÓNICA MONTES

